

**VII ENCUENTRO INTERNACIONAL DE CÁTEDRA MARTIANAS**  
**LA HABANA, CUBA, 10-12 DE NOVIEMBRE DE 2009**  
**EJE TEMÁTICO: La ética martiana en la formación del hombre nuevo.**

**La educación como formación humana en José Martí**

**Dra María Caridad Pacheco González**

**Centro de Estudios Martianos, Cuba**

Las ideas de Martí en torno a la educación como Formación Humana, responden a un propósito de peculiar trascendencia: la elaboración de principios y fundamentos de un proyecto de desarrollo humano integral en Cuba y en el resto de lo que él denominó *Nuestra América*. Estos principios y fundamentos presuponen la consolidación de una serie de procesos económicos, políticos y socioculturales, que necesariamente están acompañados de un cambio radical en un tradicional paradigma educativo, que evidentemente, incluso hoy, ha venido confundiendo información o transmisión de conocimientos con formación.

La cosmovisión martiana se halla concretada en ideas en torno al hombre, la naturaleza y la sociedad, penetrando con tal hondura en la naturaleza humana y social del ser humano, que contribuye a la construcción de un paradigma educativo en el cual se pueden cultivar de forma sistemática valores tales como la bondad, la verdad y la belleza. Los valores de este modo se convierten en cauces educativos, y se revelan fundamentados en la cultura. Precisamente, entre las funciones fundamentales que le adjudica al educador, a través de su labor comunicativa, sin imposiciones, es trasmitir conocimientos y revelar valores.

Para José Martí, la educación así concebida, persigue la transformación integral del hombre, y en consecuencia, no puede reducirse a una etapa de la vida ni a determinadas clases o grupos sociales, ni implica una relación eminentemente generacional entre educador-educando. Sin suprimir la autoridad, que debe emanar esencialmente del ejemplo, se deben imponer por encima de las motivaciones fundadas en la competencia, el individualismo y el egoísmo, aquellas de otro orden que se sustentan en la solidaridad, la generosidad y el amor por lo auténticamente nuestro.

José Martí expuso los aspectos esenciales que conformaron su concepto de la educación durante el período 1880-1889. Para ello no se remitió solamente a los juicios y modelos educacionales de importantes pedagogos de la época, sino también al enjuiciamiento crítico de la enseñanza que conoció en los Estados Unidos.

En una crónica escrita a fines de septiembre de 1886 para los lectores de *La Nación* de Buenos Aires, José Martí hace un balance detallado de la situación de la educación en la ciudad de

Nueva York<sup>1</sup>. El cronista comienza su extensa y detallada reflexión con un análisis de la educación de la época. Se hace a sí mismo y a sus lectores una serie de preguntas retóricas sobre cómo debe ser la educación con relación a tópicos claves como la inclusión total, parcial o exclusión de la educación estética en la enseñanza; la alternativa correcta de asumir en la formación del estudiante una actitud determinada con respecto a la religión; por último, la interrogante principal cuestionando si se deberá estimular o no el desarrollo del pensamiento en los educandos. Esta especie de introducción al tema concluye con una total desaprobación de la llamada educación industrial o manual por considerarla una formación incompleta y excesivamente pragmática.<sup>2</sup>

Para Martí la principal debilidad de la educación neoyorquina radica en que ésta se basa en la memorización de los contenidos. Y después de apuntar que al niño “que ha de vivir en la tierra, no le enseñan la tierra ni la vida”<sup>3</sup>, concluye que “El verdadero objeto de la enseñanza es preparar al hombre para que pueda vivir por sí decorosamente, sin perder la gracia y generosidad del espíritu, y sin poner en peligro con su egoísmo o servidumbre la dignidad y fuerza de la patria”.<sup>4</sup>

En la crónica de 1886, Martí señala que, por encima de recursos materiales, era mucho más importante formar a niños y jóvenes en un modo menos mezquino de encarar la vida. Si la sociedad vive en una competencia desenfrenada e inhumana, carente de principios éticos y solidaridad, en la cual es el último fin la brutal saciedad de los apetitos; si la inmigración que ha escapado a una miseria inmensa, se adapta enseguida a esta voraz forma de vida en una sociedad activa y egoísta que es toda de actos y de hechos; si está ausente el conocimiento y cultivo del espíritu, entonces, dice Martí, apenas se logra una instrucción meramente verbal y representativa en los niños<sup>5</sup>.

En relación con la educación universitaria, Martí se hace el mismo cuestionamiento ontológico que genera la preparación de estudiantes con el objeto de lanzarlos a una feroz competencia que es, para la cultura norteamericana, la vida social. Las principales universidades, desde las más importantes, Harvard y Yale, hasta las muy relevantes Princeton, Brown y Cornell, avivan esta lucha enconada, este espíritu de secta, esta competencia feroz, cuando según Martí deberían ocuparse de reducir la ofensa del mundo y la bestia en el hombre, porque la “educación verdadera está en el coadyuvamiento y cambio de almas”.

Esta exposición sobre el espíritu de la educación, en su forma más integral, no podía identificarse con el utilitarismo estadounidense ni con el afán en ese país de introducir la vanidad y el egoísmo como parte esencial del modo de ser en los educandos. En este sentido, alerta:

<sup>1</sup> José Martí Ob Cit, Tomo XI, p.79-86

<sup>2</sup> José Martí, Ob Cit, Tomo XI, p.80-81

<sup>3</sup> Ibídem, p.16

<sup>4</sup> Ibídem, p.18

<sup>5</sup> José Martí, Ob Cit, Tomo 11, p.82,85

[...] en los colegios se mira aquí como a pobre persona el que se nutre, como de estrellas que muerden, de ideas y sueños grandes: acá los prohombres de los colegios, los que se llevan las damas y mantienen corte, son el que mejor rema, el que mejor recibe la pelota, el que más sabe de hinchar ojos y desgozinar narices, el que más bebe o fuma. **Niños de nuestras tierras que vienen a estas universidades con el almita clara y encendida, llena de sombras de héroes y de colores de banderas, se vuelven ¡ay! a los pocos años de estar entre estos boxeadores, mozos hoscos y abruptos, ida toda flor, sin fe más que en el dinero y en la fuerza. Mejorar los colegios nativos, que con ser como son ya son mejores, vale más pese a la gente novelera, que sacar a los hijos de bajo de las alas de la patria para venir a donde olvidan la suya, y no adquieran la ajena.**<sup>6</sup>

En estas reflexiones se puede observar su interés porque prevalezca lo axiológico en el proceso educativo, de tal modo que aparezca de forma equilibrada junto a la formación científica y técnica, la educación del espíritu, sin la cual aquella no tendría basamento ni modo orgánico y racional de realizarse.

No puede olvidarse que estas ideas aparecen en un momento muy peculiar de la historia humana: la época del surgimiento del imperialismo, que trajo aparejado el compromiso patriótico por la liberación nacional en diversos lugares del mundo, hoy llamado subdesarrollado. Para enfrentar esta nueva realidad, se requería de una educación guiada por la libertad, la independencia y el amor como fuerza revolucionaria. Era necesario preparar a los hombres para vivir en armonía con su tiempo, de modo que se sintieran orgullosos de pertenecer a este continente y fueran capaces de amar su cultura y su historia.

.A partir de esta estrategia cultural, en 1889 publica cuatro números de la revista *La Edad de Oro*, que fue la materialización de un proyecto educativo esencial cuyos valores axiológicos ofrecerían a la niñez latinoamericana de entonces, e incluso a la de hoy, los medios para convertirse en hombres y mujeres originales, creativos e independientes, capaces de transformar la tierra en que han nacido. Pero esta obra es expresión también de la concreción de un modelo de educación entendida desde un punto de vista amplio, en el cual encuentran su cauce las más altas realizaciones humanas.<sup>7</sup>

En *La Edad de Oro*, Martí revela vías para educar a través del ejemplo; para inculcar el sentido de lo autóctono y de la universalidad de los problemas de Nuestra América, no distante de

<sup>6</sup> José Martí .*Otras crónicas de Nueva York. Ob Cit, p. 41*

<sup>7</sup> Ver: Salvador Arias. *Un proyecto martiano esencial. La Edad de Oro*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2001, p.54-61.

los que padecen pueblos de otras latitudes; para levantar la fe en el poder de las masas con el objeto de que puedan hacer su propia historia. Y en este camino, uno de sus presupuestos esenciales es su acercamiento al hombre con sus virtudes y defectos, evitando cualquier examen que no tuviera en el centro la falibilidad de la condición humana. Con ello conduce a educar al hombre para mejorarlo, sin falsas abstracciones, con el propósito de crear en él genuinos sentimientos, que en la concepción martiana se traducen en acciones y convicciones positivas. Por ello aunque se propone revelar a los niños el mundo real, lo hace con una gran dosis de belleza y fantasía, porque requiere que los niños se identifiquen, a partir de una valoración estética, con los hombres y mujeres virtuosos que hacen el bien, que aman la verdad y son capaces de defenderla aunque tuvieran que empeñar la vida en ello.

Es significativo comprobar que en las “Escenas Norteamericanas”, publicadas en los días en que sale a la luz la revista, se revelan principios éticos que ratifican la conducta personal martiana, tales como la bondad que debe prevalecer en el hombre, la preeminencia de los goces del espíritu por encima de los que ofrece la riqueza sin ignorar la necesidad que tiene el ser humano también de la vida material, el compromiso de emplear los conocimientos y el talento personal al servicio del país y del mundo, el valor de la libertad y de hacer política con la debida coherencia y proyección de futuro.<sup>8</sup>

En este proyecto, llevado a cabo en suelo norteamericano, se aprecia ya un marcado interés en sustentar la importancia de la familia, el hogar, en la formación temprana del hombre. En la sustancia primaria del hogar y de la familia es donde se realiza el primer aprendizaje del ser humano, y del diálogo con el ejemplo, no sólo desde la palabra, sino desde los valores conductuales que se manifiestan en la cotidianidad, surge el espacio inicial en la formación de cada persona. A partir de la experiencia obtenida en los Estados Unidos, puede referirse al tema en los siguientes términos críticos:

Pudre al hombre quien no le pone junto a la pasión inevitable de las pompas del mundo, el conocimiento y hábito de la verdad definitiva de él, que está en la casa amable, con su rincón de amigos, y en la paz interior que vive de desdeñar cuanto no se la honra de la conducta y la terneza del cariño: pudren a los hijos estos padres de ahora, que los crían en cantinas y ambiciones, [...] El rincón de la casa es lo mejor, con la majestad del pensar libre, y el

---

<sup>8</sup> Sobre este tema Salvador Arias hace un minucioso estudio en su obra *Un proyecto martiano esencial. La Edad de Oro*, Ob Cit, p. 65- 70

tesoro moderado de la honradez astuta, y un coro de amigos junto a una tasa de café.<sup>9</sup>

También preconizó en la institución familiar el amor como método: “Amigos fraternales son los padres, no implacables censores. Fusta recogerá quien siembra fusta: besos recogerá quien siembra besos [...]—ley es única del éxito la blandura,— la única ley de la autoridad es el amor”.<sup>10</sup>

En el otro espacio fundamental, la escuela, Martí concedió gran importancia a las condiciones personales del educador, al cual no debían faltarle el ejemplo y sobre todo el amor a la patria, a la humanidad y a quienes educaba (acaso no dijo que “quien dice educar, ya dice querer”<sup>11</sup>), a tal punto que consideraba que la formación y desarrollo de la personalidad se cimentaba en la unidad dialéctica de lo cognoscitivo y lo afectivo, que constituye a su vez uno de los principios que deben guiar a la institución escolar; el otro principio, el de la unidad entre la teoría y la práctica, es decir, entre el estudio y el trabajo, conduce a la preparación para la vida con sentido.

Igualmente entendió que en la formación humana podían incidir positivamente las celebraciones de fechas históricas, los homenajes al mérito verdadero, las relaciones sociales entre las personas. A través de su existencia, Martí fue consecuente con estas ideas, y no faltaron en su oratoria, en sus artículos, ensayos, obra literaria y documentos políticos, el reconocimiento a los héroes (desde los personajes más eminentes hasta los ciudadanos más sencillos) y a la historia patria, de tal modo que también imbricaba el relato biográfico o de hechos relevantes con sentimientos éticos y estéticos. En este sentido reveló: “otros propagarán vicios, o los disimularán: a nosotros nos gusta propagar las virtudes. Por lo que se oye y se ve entra en el corazón la confianza o la desconfianza”<sup>12</sup> y destacó: “[...] urge que en el lugar del sacrificio y de la muerte, como señal enérgica y activa de la determinación indómita, se alce, a mandar y a avergonzar, el monumento que consagra las virtudes que se nos niegan, el monumento que convidará perennemente a imitarlas”<sup>13</sup>. Consideró que las fiestas nacionales eran necesarias y útiles, en tanto los pueblos “tienen necesidad de amar algo grande, de poner en un objeto sensible su fuerza de creencia y amor”<sup>14</sup>.

<sup>9</sup> José Martí, *Ob Cit*, Tomo 12, p. 506-507

<sup>10</sup> José Martí, *Obras Completas*, *Ob Cit*, Tomo 5, p. 83,84.

<sup>11</sup> *Ob Cit*, p. 5, p. 252

<sup>12</sup> *Ob Cit*, p.5

<sup>13</sup> *Ob Cit*, Tomo 4, p. 397

<sup>14</sup> *Ob Cit*, Tomo 6, p.195

A la par de estas proyecciones, fueron creadas por Martí escuelas para los trabajadores. Fundada en enero de 1890<sup>15</sup> por un grupo de emigrados latinoamericanos de origen muy humilde, *La Sociedad Protectora de la Instrucción La Liga*, abría sus puertas para adentrar a los sectores populares en el conocimiento de lenguas extranjeras, de la historia, la literatura y las ciencias, pero sobre todo, era un espacio para aprender lo que acontecía en el mundo y contribuir a formar a quienes debían asumir la construcción de la república equitativa y cordial para la cual se preparaba la guerra necesaria. Rafael Serra y Montalvo y otros prestigiosos educadores compartieron sus ideas y esfuerzos en este proyecto, del cual Martí dijo: “En mis amigos de la Liga tengo orgullo y fe. Hombres estamos creando, y lo somos”.<sup>16</sup>

Los propósitos de *La Liga*, que han de coincidir en parte con los del Partido Revolucionario Cubano, no es solo promover el conocimiento del pensamiento cubano y universal de la época, y asegurar la unión de los elementos populares de la emigración, sino formar a quienes levantarían la patria nueva. El Maestro, título que recibiría Martí a partir de esta experiencia educativa revolucionaria, fue creando en la Liga patriotas previsores que respondieran a su predica a favor de la independencia absoluta y de la justicia. Precisamente un año después de su muerte, en *La doctrina de Martí*, periódico que dirige su amigo Serra, hombres que fueron sus alumnos manifestaban;

[...]Procedemos de la escuela de Martí. En ella se templó nuestra alma y se forjó nuestro carácter. Allí aprendimos del venerable maestro, a conocer, sin confundir jamás, el falso brillo de la virtud postiza; lo que honra, purifica y ennoblecen la práctica del bien.[...]<sup>17</sup>

<sup>15</sup> Tanto Luis García Pascual (*José Martí. Epistolario*, Ob Cit, p. 106) como Pedro Deschamps Chapeaux (*Rafael Serra y Montalvo. Obrero incansable de nuestra independencia*. UNEAC, La Habana, 1975, p. 75), coinciden en afirmar que la *Sociedad Protectora de la Instrucción La Liga* fue fundada en enero de 1890, aunque existe la posibilidad de que se fundara un año antes porque ya en mayo de 1889 Martí escribía acerca de este proyecto (Ibrahim Hidalgo. *José Martí. 1853-1895. Cronología*. Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003, p. 126).

<sup>16</sup> José Martí, Ob Cit, Tomo 8, p.281

<sup>17</sup> Pedro Deschamps Chapeaux. *Rafael Serra y Montalvo. Obrero incansable de nuestra independencia*. UNEAC, La Habana, 1975, p. 116